

Marta Cibelina

LOS BORBONES Y EL SEXO

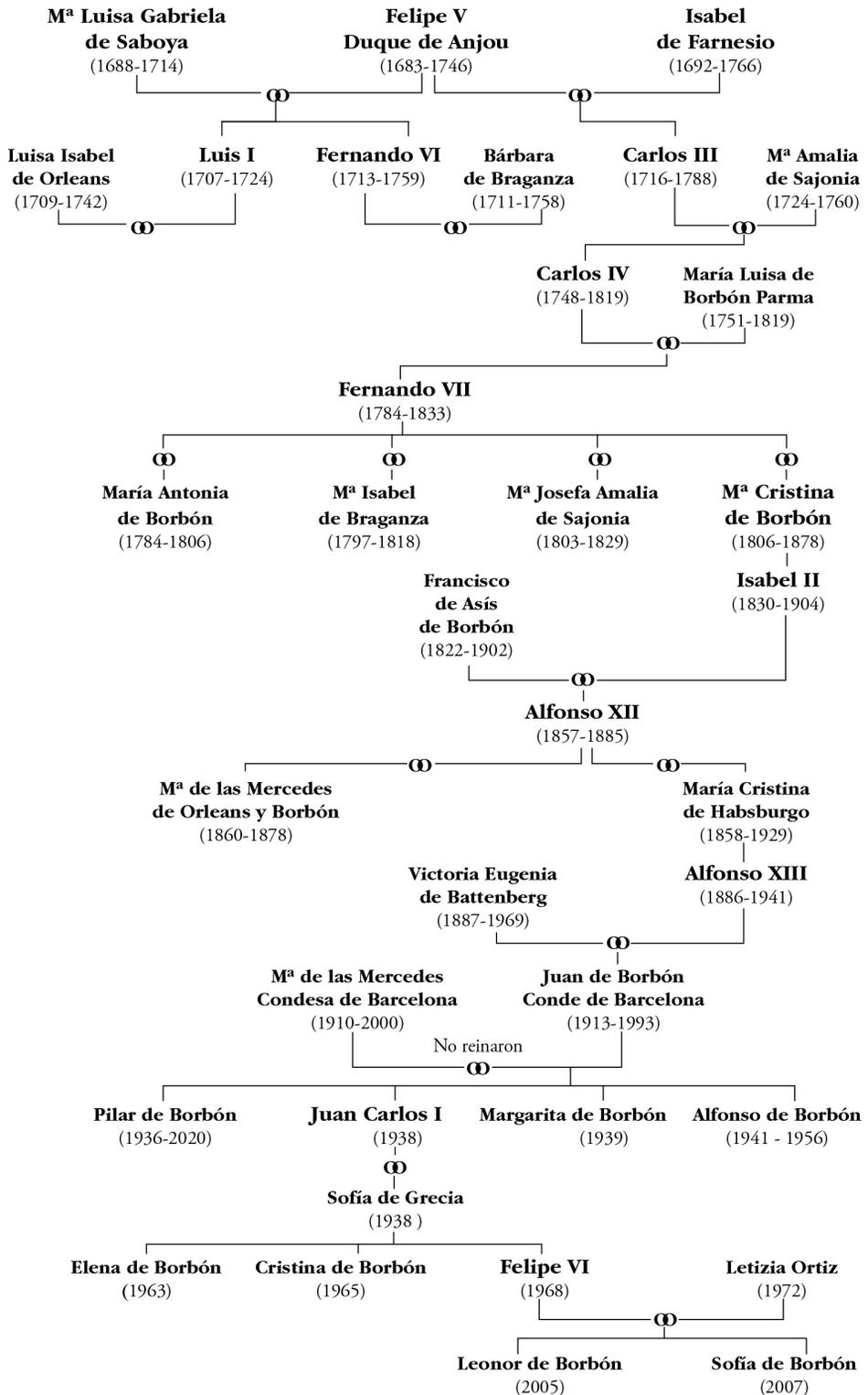
De Felipe V a Felipe VI

ÍNDICE

<i>Árbol genealógico de los Borbones en España</i>	11
1. Felipe V. El furor sexual de un bipolar al que le gustaba demasiado su mujer	13
2. Luisa Isabel de Orleans. La reina exhibicionista educada por una antepasada de Tamara Falcó ...	45
3. Fernando VI. El rey impotente y la reina más fea de España	61
4. Carlos III. Crónica de un desvirgamiento	69
5. María Luisa de Parma. La insaciable esposa de Carlos IV, el rey con más estilo a la hora de lucir unos cuernos	79
6. Fernando VII. El gigantesco pene que hizo defecar de miedo a una reina de España	89
7. Isabel II. ¿Una ninfómana o una adelantada a su época?	101
8. Alfonso XII y María de las Mercedes. El crimen ginecológico perpetrado contra un ángel, una ópera y un regio consejo	137

9.	Alfonso XIII. El rey pornógrafo y la divina Victoria Eugenia	175
10.	Juan Carlos I. Los glúteos del Julio Iglesias de las monarquías	197
11.	Felipe VI. Y las escalas del <i>Juan Sebastián Elcano</i> ...	237
	<i>Agradecimientos</i>	259
	<i>Notas</i>	263
	<i>Bibliografía</i>	271

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LOS BORBONES EN ESPAÑA



FELIPE V

El furor sexual de un bipolar al que le gustaba demasiado su mujer

En el palacio de La Granja, al salir de uno de sus pasillos repletos de cuadros, hay una puerta blanca con un inmenso ojo de cerradura. La reacción instintiva —al menos la mía— es agacharse para colocar el ojo en un acto de voyeurismo y ver, sin ser vista, qué hay en el interior de la habitación. Lo hice, no sin cierto temor de que el fantasma de Felipe V, el antepasado de Felipe VI, apareciera desnudo ante mí. Pero solo vislumbré una tremenda claridad y lo que parecía una galería anexa a un enorme patio. Imaginé a Isabel de Farnesio y su marido adicto al sexo practicándolo al aire libre, y no en la Sala de Lacas del palacio, la que fue su dormitorio durante la remodelación de la fachada, un lugar absolutamente deprimente.

La abigarrada decoración resulta triste y agobiante. Una pasión tan desbordante como la de este monarca merecía amplísimos espacios. Y La Granja, el legado por el que más cariño sintió, los tiene. Se trata de un palacio en el que las mentes imaginativas e ilustradas perciben aromas almizcleros a pesar de las miles de violetas y peonías que aromatizan sus maravi-

llosos jardines. ¿Por qué? Probablemente porque no hubo lugar que no bautizara este rey con su cetro. De creer los testimonios de aquellos que han escrito sobre la figura del primer Borbón de España, Felipe V jamás se cansó de practicar la coyunda con sus dos esposas. Varias veces al día durante casi toda su vida.

Doctores como el psiquiatra y escritor Vallejo-Nágera, abuelo de la cocinera que ejerce su reinado en *Masterchef*, lo han catalogado como bipolar. Probablemente lo era, pero también un garañón que había heredado las dotes amatorias de su abuelo, Luis XIV, quien atesoró cientos de amantes. *Madame* de Maintenon, la esposa morganática y beatona que el Rey Sol tuvo en sus últimos años de vida, se quejaba amargamente a su confesor. En unos tiempos en los que no existían ni el Vaginesil ni el divorcio le irritaba en todos los aspectos tener que hacer tanto el amor con su casi septuagenario esposo, que decidió tomar cartas en el asunto. Esperanzada, acudió a su asesor espiritual, al que preguntó bajo el amparo del secreto de confesión:

—Padre, ¿no es pecado hacer el amor más de dos veces al día a estas edades, cuando las esperanzas de procrear son inútiles?

La respuesta fue negativa. No había ninguna ofensa a Dios en satisfacer las necesidades sexuales del Rey Sol y así debía seguir haciéndolo, de modo que la reina tomó rumbo al dormitorio caminando despacio, con las piernas separadas, y preparada para una nueva maratón sexual.

De tal palo tal astilla, y el que a los suyos se parece honra merece. Felipe V envainaba y desenvainaba su palito como un sátiro persiguiendo a sus dos reinas, María Luisa Gabriela de

Saboya e Isabel de Farnesio. Tal era el furor sexual del rey por su segunda esposa, que llegó a celebrar consejos de ministros junto a la pamesana en la cama, sin que las crónicas narren si aprovechaba tales momentos para practicar el acto, lo que les hubiera convertido en uno de los primeros exhibicionistas reales, sin que quiera yo decir que los haya habido con posterioridad.

Felipe V, el rey que reinó dos veces, instaurador de la dinastía de los Borbones en España, llegó al mundo el 19 de diciembre de 1683 en Versalles. Su padre era Luis de Francia, el Gran Delfín, quien nunca llegó a reinar porque cuenta la leyenda que en su nacimiento un hada mala predijo que sería hijo de rey, padre de rey, pero nunca rey. (Con el tiempo le sucedería lo mismo a uno de sus descendientes, don Juan de Borbón). Y así ocurrió. Falleció el 14 de abril de 1711, a los cuarenta y nueve años de edad, sin haber descansando sus posaderas sobre el trono real.

La madre de Felipe V fue María Ana Victoria de Baviera, culpable, según los historiadores francófilos, de los desórdenes mentales que sufriría a lo largo de su vida nuestro protagonista. Era una Wittelsbach, como Luis II de Baviera, el rey loco y abiertamente homosexual que revolucionó en el siglo XIX las cortes europeas y terminó sus días ahogado en un lago. También era una Wittelsbach Sissi emperatriz, ídolo de las niñas nacidas en los años sesenta por obra y gracia de la colección de libros de Historias Selección. Cocainómana y anoréxica, Sissi, prefería a sus amigos aristócratas húngaros y a sus caballos a la compañía de su marido, Francisco José. Su hijo, el depresivo príncipe Rodolfo, «suicidó» a su amante María Vetsera en el

pabellón de caza de Mayerling, para luego descerrajarse un tiro en la sien. Trágica historia la de los Wittelsbach.

María Ana Victoria de Baviera, progenitora de Felipe V, adolecía de un temperamento hipocondriaco y pusilánime, según se cuchicheaba por los mentideros de Versalles. Aunque sus dolencias eran reales, a todo lo que no tenía una explicación para la rudimentaria medicina de aquellos tiempos le daban el nombre de «vapores». Y si la madre era vaporosa, el hijo también lo fue.

De niño, en la corte, Felipe V mostró un carácter, diríamos, atontolinado. Así lo describió su tía abuela, la princesa del Palatinado, esposa de Luis Felipe de Orleans, hermano de Luis XVI. Hablaremos más adelante largo y tendido de esta mujer, cuya copiosa y divertida correspondencia nos ofrece deliciosos detalles y picantes cotilleos sobre la forma de vida de los poderosos en las cortes europeas, pero esto es lo que dijo del niño Felipe:

Parece austriaco, con la boca siempre abierta, se lo he señalado miles de veces. Cuando se le dice, la cierra, porque es muy dócil, pero en cuanto se le olvida la vuelve a tener abierta... Si lo pusiéramos ante cien bocas de fuego diciéndole «quédate ahí», él aguantaría firme como una pared. En cambio, si alguna de las personas a las que él está acostumbrado le dijera: «Quítate de ahí», se iría. No tiene confianza en sí mismo. Todo lo que uno le dice que haga, lo hace, pero nada más.¹

Normal era que el muchacho tuviera la boca abierta. Se había quedado así al conocer que el vasto corazón de su abue-

lo había abarcado amor para varias familias. Y es que anduvo sobrado de testosterona hasta muy avanzada edad. Tenía para él y para sus descendientes, habiendo llegado su peculiar legado hasta Juan Carlos I, como mínimo.

Las mujeres se rifaban al Rey Sol, quien no fichaba sus conquistas en las todavía inexistentes revistas del *cuore*, ni podía asomarse a la pequeña pantalla a seleccionar *starlettes*, cantantes, presentadoras norteamericanas o actrices, que morían por abrazar con sus piernas las escurridas nalgas reales, como las de todos los Borbones. Él tenía a su disposición a todas las mujeres que habitaban Versalles, ya fueran nobles o plebeyas, criadas o duquesas. Luis XIV tenía el corazón muy grande y amor para todas. Sobre otros aspectos de su anatomía no han trascendido datos, lo que no habla a su favor. Pero eso importaba poco en su caso.

En aquellos tiempos, ser amante fija u ocasional del rey reportaba muchísimos beneficios: joyas, tierras, la posibilidad de otorgar prebendas y favores a familiares y amigos... poder, en suma. En ese sentido, poco ha cambiado el cuento. Muy pocos osaban resistirse. Y era esta una costumbre que venía de lejos. Brantôme, en *Las damas galantes*,² habla en estos términos del rey Luis XIII, antecesor en el trono de Francia de Luis XIV:

He oído hablar de que el rey quiso una vez acostarse con una dama de su corte a la que amaba. Encontró a su marido espada en mano para matarla, pero el rey puso la suya en su garganta y le ordenó, por su vida, no hacerle mal alguno, y que si le hacía la menor cosa, le mataría allí mismo o le mandaría cortar la cabeza públicamente. Por aquella noche lo envió fuera y ocupó su puesto. Esta dama fue bien di-

chosa de haber encontrado tan buen campeón y protector para su c..., pues en adelante el marido no se atrevió a decirle nada y le dejó hacer todo a su capricho.

Siempre existía la posibilidad de que los maridos utilizaran el veneno para quitarle el capricho al rey o para lavar su honor, o que recurrieran a intentar disuadir al monarca o evidenciar sus abusos mediante el escándalo. Un caso remarkable fue el del marido de la Montespan, Louis-Henri de Pardaillan de Gondrin, marqués de Montespan. Tras visitar al rey para expresarle sus quejas y recordarle que el adulterio estaba penado con el infierno, se vistió de luto. Cuando le preguntaron por quién vestía de negro, respondió que por su esposa. Se despidió de la corte e incluso organizó funerales en su memoria, llegando a organizar un cortejo fúnebre en dirección a París. Cuenta la leyenda que la carroza fúnebre iba adornada con unos cuernos dorados.

Luis XIV se enfureció tanto que pensó tomar medidas más graves contra él que el exilio, pero Athénaïs restó importancia a los hechos ridiculizando a su esposo, de quien decía que, junto con su loro, eran los dos «personajes» que más habían hecho reír a la corte.

Pese al miedo que tenía a perder su espléndida figura y su belleza, Athénaïs tuvo siete hijos naturales con el rey, que fueron legitimados tras la muerte de su marido. Las amantes de Luis XIV sabían que, de producirse un embarazo, cabía la posibilidad de que pudieran conseguir títulos de nobleza muy importantes para esos hijos naturales. Sobrado de energía sexual, rodeado de mujeres que mariposeaban a su alrededor como polillas dispuestas a ponerle los cuernos a sus maridos,

Luis XIV se reveló como un prolífico garañón. Sus espermatozoides raramente fallaban.

El abuelo del primer rey francés que se sentó en el trono de España tuvo seis hijos legítimos y al menos dieciséis fuera del matrimonio. De esta quincena larga de hijos naturales legitimó ocho. Les otorgó el rango de príncipes, con el apellido Borbón, y los convirtió en posibles herederos al trono. Hizo incluso más por ellos, ya que para ennoblecerlos casó a los descendientes fruto del pecado con ramas colaterales de la casa real francesa, lo cual originó algún rifirrafe antológico, con bofetadas incluidas, del que nos ocuparemos en páginas sucesivas. Un bastardo, por muy hijo de rey que fuera, era un bastardo en el siglo XVIII y ahora, especialmente para los tiquismiquis de los Borbón-Condé y los Borbón-Orleans.

De este modo, el pequeño Felipe, cuya educación se encomendaría al muy pío obispo y teólogo Fénelon, y al que dejamos párrafos atrás con la boca abierta al conocer los devaneos de sus antepasados, supo que su abuelito zascandil había formado, aparte de la familia oficial con la infanta María Teresa, una familia con mademoiselle de La Vallière, otra con *madame* de Montespan y otra con *madame* de Maintenon, con quien contrajo matrimonio en 1683. Esta última, la hipócrita y beatona exniñera de la prole de la Montespan, consiguió cambiar a Luis XIV. Era incluso más lista que Corinna. Desde que juraron los votos no tuvo ojos para otra.

Felipe llegaría al trono de España por ser nieto de la infanta María Teresa de Austria, a la que no conoció. Vino al mundo el mismo año en que su abuelo se casaba con la Maintenon, e intentó llevarse lo mejor posible con ella. Esta señora,

a quien en la serie *Versalles* da vida la actriz Catherine Walker, tuvo una influencia decisiva en la corte de nuestro país.

A pesar de la pobre opinión que tenían las mujeres de la familia sobre el augusto zagal Felipe, Luis XIV sentía tanto afecto por él que muchos en la corte llegaron a pensar si no estaría interesado en que lo sucediera, saltándose la línea hereditaria. La relación del Rey Sol con su hijo Luis de Francia, padre de Felipe V, siempre estuvo cargada de tensión porque era el único que se atrevía a decirle lo que pensaba de él. El rey, molesto, alentó a los cortesanos a que llamaran Monseñor a su heredero, lo que no era sino una forma de burlarse de él.

La esposa de Luis de Francia, la princesa bávara María Ana Victoria, murió en 1690 a los veintinueve años, dejando a los tres príncipes nacidos de este matrimonio huérfanos a muy temprana edad. Felipe solo tenía siete años.

Su padre decidió casarse en secreto con una mujer plebeya, *mademoiselle* de Choin, que se hizo célebre por su fealdad. Nadie se explicaba en la corte cómo el heredero de la Corona había tomado por esposa a una mujer de tan escaso atractivo, haciendo correr el rumor las afiladas lenguas cortesanas de que el Delfín había sido víctima de un embrujo. María Emilia de Joly era la presunta hechicera. No era una mujer especialmente casta, sino una simple cortesana, dama de compañía de la princesa de Conti, la hija bastarda preferida de Luis XIV, fruto de su relación con *mademoiselle* de La Vallière.

Luis se enamoró perdidamente de ella, aunque no era el único. Compartía su lecho con el conde François-Alphonse de Clermont-Chaste. Al Gran Delfín no pareció importarle el doble juego que al parecer mantenía al principio. La dejó embarazada y decidió contraer matrimonio con ella. Tuvieron

un niño enfermo, al que se envió a una zona rural, y que solo sobrevivió dos años.

Era de esperar que, en una corte con semejantes mimbres, Felipe de Anjou, el primer Borbón que reinó en España, se convirtiera en un libertino que importaría las costumbres francesas a nuestro país. Su tío abuelo, Luis Felipe de Orleans, era un homosexual declarado, que, para conseguir realizar el acto sexual con su esposa, la aguda princesa del Palatinado, se envolvía el miembro en medallas religiosas para sentirse motivado y tener éxito, pidiéndole a los santos su intercesión para que aquello funcionara. Su gran amor fue el caballero de Lorena, un hombre de extraordinaria belleza, perteneciente a la Casa de Guisa. Los excesos de ambos se hicieron célebres en Versalles y las orgías que organizaban eran épicas. En una ocasión decidieron comerse una tortilla sobre el vientre de un pobre desgraciado de la corte, el coronel Wallon, famoso por su enorme barriga. Clavaron como vampiros sus caninos sobre las carnes fofas del buen hombre, que se retorció en el suelo, aplastado por aquellos viciosos que habían inventado el *body sushi* en versión *tortillerica* sin haber viajado nunca a Japón. En otra de sus célebres fiestas acudieron a un burdel para introducir petardos en las vaginas de las prostitutas. Francia era un país muy permisivo en materia de sexo, y muestra de ello es que hasta el siglo xvii una calle parisina llevaba el nombre de Poil-au-con, que puede traducirse como «pelo del coño». Más tarde fue rebautizada como de Pelicon.

Los seres humanos forjan su carácter por imitación o por reacción a la educación o al ambiente en el que han vivido. La psicología de Felipe de Anjou, hijo, nieto y sobrino-nieto de unos familiares tan promiscuos, se forjó a la contra. En

aquellos momentos estaba convencido de que jamás en su vida sería infiel a la mujer que tomara por esposa. Asqueado de tanta depravación, decidió elegir el camino de la castidad. De hecho, al contrario que otros reyes de la dinastía de los Borbones, llegó virgen al matrimonio.

Luis XIV adoraba a su nieto. El hermano mayor de Felipe V, el duque de Borgoña, heredero al trono tras la muerte del padre de ambos, murió de sarampión en 1712, tres años antes del fallecimiento del Rey Sol, pero por aquel entonces Felipe V era rey de España.

Felipe V fue el instaurador de la dinastía de los Borbones en nuestro país, pero su llegada al trono no fue un asunto baladí. Su derecho a la Corona de España estaba sustentado en el hecho de ser nieto de la reina más bajita de la historia de Francia, María Teresa de Austria.

Felipe V, duque de Anjou, era Borbón y descendía de los Capetos, pero por línea femenina también de los Austrias y de los Trastámara. Sus cabellos eran tan rubios como los de Isabel la Católica, nieta de los Lancaster. Los ojos almendrados, claros, como los de Felipe VI. La nariz recia, larga, como la de Juan Carlos I... , una nariz magnífica que parece querer insinuar magnitudes correlativas semejantes en la entrepierna, pero que, con el tiempo, termina cayendo hacia abajo, siguiendo las leyes de la gravedad. Una nariz cuya puntita, redonda y lacia, corre el peligro de convertirse en el termómetro de la cantidad de vasos de vino que se han bebido o de copas ingeridas.

La belleza de este joven, que aparece en diversos retratos al principio de su reinado, muy pronto decayó. El cuadro *La familia de Felipe V*, obra de Louis-Michel van Loo, un óleo so-

bre lienzo de cuatro por cinco metros, pintado en el año 1743, es un fino ejercicio de retrato psicológico de sus protagonistas. Al rey, de cincuenta y siete años, se le ve derrotado, hundido, mientras mira entre ido, aburrido o embelesado a su segunda esposa, Isabel de Farnesio, con ojos de carnero degollado. Está diciendo claramente: «Aquí la que manda es ella». Siempre tuvo la mandíbula algo adelantada, vestigio de la sangre Habsburgo que corría por sus venas, sin llegar ni de lejos al marcado prognatismo de Carlos V.

Con su llegada a España hubo un cambio de monarquía, eso es cierto, pero, como se diría vulgarmente, «eran los mismos perros con distintos collares», en este caso apellidos. Y es que, a esas alturas, las monarquías europeas eran ya una maraña endogámica de primos y reprimos casados entre ellos, lo que acabaría derivando en nefastas consecuencias para la salud.

Cuando Carlos II el Hechizado, rey de España, amenaza con morir sin descendencia, las potencias europeas comienzan a hacer planes para repartirse el imperio español en trocitos. José Fernando de Baviera era el candidato de los Austrias, por ser sobrino nieto de Carlos II y bisnieto de Felipe IV. Fue el primer elegido por el rey Hechizado. Una advertencia, en aquellos tiempos los reyes se casaban muy jóvenes, por lo que era habitual ser abuelo o tío-abuelo a muy temprana edad. En el primer tratado de La Haya, firmado en el año 1698, también denominado Primer Tratado de Partición de España y suscrito por Inglaterra, los Estados Generales de los Países Bajos y Francia, las potencias europeas se repartían los despojos de España.

Por aquel entonces, Carlos II intentaba recurrir aún a todo tipo de trucos para concebir un hijo junto a Mariana de Austria. Un estudio publicado en *Archivos Españoles de Urología*³ resulta muy revelador al respecto y confirma que Carlos II presentaba hipospadias, que en cristiano es una anomalía congénita por la cual el pene no se ha desarrollado de forma normal. El agujerito por el que ha de salir la orina o el semen se encuentra entre el pene y el escroto, cerca del perineo. También tenía, atendiendo a la literatura de la época, un solo testículo, y además atrófico y «negro como el carbón», según describe su autopsia. El mismo estudio concluye que, «Carlos II presentó un estado intersexual con genitales ambiguos. Su fenotipo físico inclina más hacia un hermafroditismo y sobre todo a un varón XX, que a un síndrome de Klinefelter, que ha sido el más atribuido. Es probable su asociación con un síndrome X frágil». No obstante, la única forma de verificar estas teorías sería estudiar sus restos, que se encuentran en el monasterio de El Escorial.

Carlos II se había casado con María Luisa de Orleans en primeras nupcias, y un año después de la boda aún no se había consumado el matrimonio. Cuentan que el embajador de Francia —un adelantado a su época, pero sin medios tecnológicos adecuados— ideó un plan para saber si era estéril. Mediante el soborno a una lavandera hizo robar los calzoncillos del rey vecino para comprobar si tenía o no espermatozoides. Los médicos no le sacaron de dudas, había diversidad de opiniones. El pueblo, muy poco caritativo con las dos mujeres, y a pesar del espantoso aspecto del rey, le echó en cara a la primera esposa la falta de herederos. La copla que entonaban no podía ser más cruel.

*Parid, bella flor de lis,
que en aflicción tan extraña,
si parís, parís a España,
si no parís, a París.*

Tras su muerte se buscó una sustituta, Mariana de Neoburgo. Fue elegida no por su pelo pelirrojo ni por su carácter, sino porque se le presumía una fertilidad pasmosa: su madre había parido veinticuatro hijos. A pesar de los embarazos que fingió para afianzar su posición en la corte, más de media docena que, por supuesto, terminaban en abortos, el pueblo, que ya empezaba a coscarse de que algo le ocurría en sus partes bajas a Carlos II, creó otra canción para ella.

*Tres vírgenes hay en Madrid:
la Almudena, la de Atocha,
y la reina nuestra señora.⁴*

Se recurrió a todo tipo de métodos para intentar que el rey y la reina engendrasen un hijo, hechizos y contrahechizos, jugo de ciruela por el culete, veneno de víbora diluido en chocolate... Evidentemente, con semejante aparato urogenital, resultaba muy complicado que el rey engendrara un hijo. No hubo suerte. Para colmo, el candidato austriaco, José Fernando de Baviera, murió de varicela. Se preparó el Segundo Tratado de Partición, firmado a espaldas de España. El trono estaba destinado al archiduque Carlos, hijo del emperador Leopoldo, un Habsburgo de pura cepa. Francia, por supuesto, no estaba de acuerdo. Y contra todo pronóstico, Carlos II sor-

prendió a toda Europa designando heredero en su testamento a Felipe, su sobrino, el apuesto nieto de Luis XIV.

Podríamos llenar páginas y páginas sobre este episodio de la Historia de España que tanta importancia tuvo para nuestro país, pero correríamos el riesgo de aburrir al lector. Pasemos por *él* de modo somero para contar que se inició en 1701 y finalizó en 1713. Cataluña, que entonces formaba parte del reino de Aragón, apoyó mayoritariamente la causa austriaca. Y firmado el Tratado de Utrecht entre las potencias que participaron el conflicto, el principado de Cataluña resistió hasta el 13 de septiembre de 1714, a pesar de que Carlos hacía tiempo que había abandonado el país para hacerse cargo de más altos designios: el puesto de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

En España se quedó su mujer, Isabel Cristina de Brunswick, primero, y más tarde como virrey el príncipe Starhemberg. Su única función era intentar negociar una capitulación lo más digna posible y preservar los fueros de catalanes y valencianos. Mallorca se rendiría en julio de 1715. Felipe V no aprendió ni una frase en catalán. Odiaba a los catalanes por los quebraderos de cabeza que le dieron, y fueron muchos los consejeros que intentaron disuadirle de algunos de sus errores de juicio, como la abolición de los fueros y de la Generalitat, que debía haber conservado por los catalanes que le habían sido leales, habida cuenta de que se mantuvieron los de Navarra y el País Vasco por el apoyo prestado a la causa borbónica.

¿Quién ganó la guerra? Las potencias que sacaron tajada. El Reino Unido, que apoyó a Austria, se quedó con Gibraltar y Menorca, además de obtener amplísimas facilidades para

traficar con esclavos en las Indias españolas. Los Países Bajos católicos se quedaron con Nápoles y Cerdeña, Sicilia fue a parar al duque de Saboya, y Milán correspondió en el reparto al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, ya convertido en Carlos VI. Perdió un trono, pero ganó un imperio y un ducado. Una curiosidad: Milán siempre ha sido un lugar en el que a Juan Carlos I, descendiente de Felipe V, le ha gustado perderse, como buen italiano de nacimiento.

Su antepasado no se quedó muy contento con los bocados que habían dado las potencias europeas a España, e inició diversas intentonas para recuperar lo perdido, sin éxito. Hay que decir de Felipe V que era un hombre valiente, al que llamaban el Animoso por el arrojo que demostraba en las batallas. Desde muy joven había dado muestras de un temperamento ciclotímico que, si bien en un principio no podría diagnosticarse como un bipolar de libro, evidenciaba que tenía el sistema nervioso algo *movidito*. Los bipolares pasan de la fase maniaca a la depresiva en apenas un instante. Un día se creen los reyes del universo —Felipe casi lo era— y al día siguiente pueden sentirse una brizna de paja. Entonces no existían ni el litio ni la quetiapina, y el rey tuvo que soportar a pelo los terribles vaivenes de su estado de ánimo. Tampoco había psicoterapeutas y, con muy buen tino, el monarca los sustituyó por un confesor al que le contaba absolutamente todo, primero, y por el sexo, después.

Pero regresemos al solemne momento en el que, tras la muerte de Carlos II el Hechizado, el 1 de noviembre de 1700, a Luis XIV, sentado en un orinal, le llega la noticia de que su nieto es el nuevo rey de España. El monarca francés era una de las pocas personas que no hacía sus necesidades en los pa-

sillos de Versalles, uno de los lugares más sucios del mundo en el siglo XVIII. ¿Nunca se había preguntado el lector por qué Francia se convirtió en la capital europea del perfume? La respuesta es esta: para poder soportar semejantes pestes.

Mientras hacía de vientre, Luis XIV valoró los pros y los contras de aceptar semejante legado para su nieto. El 16 de noviembre el Rey Sol dio entrada al embajador de España en las Cortes Reales. Se trataba del marqués de Castellldosríos (antepasado de Agatha Ruiz de la Prada, cuyo título ostenta actualmente).

Después de darle algunos consejos a su nieto, el Rey Sol dejó que el tatatarabuelo de Agatha actuara. El marqués, rodilla en tierra, rindió homenaje a su monarca con un brevísimo discurso en castellano. Después, el ilustre abuelito pronunció aquella frase célebre: «Sed un buen español, pues tal es ahora vuestro deber primero; pero acordaos de que habéis nacido francés y mantened la unión entre ambas naciones; tal es el modo de hacerlas dichosas y conservar la paz de Europa».

Por aquel entonces, Felipe no había cumplido aún los diecisiete años y todavía era virgen, algo del todo impropio en la época y en su estirpe. Intuía ya el muchacho que estaba tan dotado para el amor como su abuelo —la naturaleza es la naturaleza—, pero aborrecía de la concupiscencia que reinaba en Versalles. Aspiraba a ser casto, pero no célibe. De acendrados principios religiosos, estaba dispuesto, al contrario que la mayor parte de los descendientes que le han seguido en el trono, a ser fiel a la mujer que tomara por esposa para toda la vida. En su caso fueron dos, pero eran tantos los impulsos amatorios descontrolados del «marido más marido de todos los maridos», como lo denominó un diplomático, que no se-

ría de extrañar que sus dos esposas hubieran agradecido el relevo de algún que otro pubis caritativo, alguien que les ayudara a satisfacer y frenar a ese garañón desbocado que tantas escoceduras les provocaba mañana, tarde y noche.

La primera mujer de Felipe V fue María Luisa Gabriela de Saboya. El abuelo la eligió para él porque quería ganarse el favor de su papá, el duque. Tenía solo trece años, los ojos azules enmarcados en unos párpados pesados, el pecho breve y una boquita sensual con el labio inferior más prominente que el superior, que hechizó a nuestro rey loco. Era lista, resolutiva, valiente e inteligente, capaz de solucionar los problemas uno a uno sin perder los nervios, y a pesar de no ser guapa había algo en ella que llamaba la atención. El duque de Gramont la describió así: «No puede decirse que sea una belleza, pero sí que su figura agrada siempre a cualquier hombre de gusto delicado». Una de sus damas, la condesa de la Roca, dijo de ella: «María Luisa era de talla pequeña, pero había en toda su persona una elegancia notable. Sus cabellos eran castaños, sus ojos casi negros, llenos de fuego y de vivacidad. Su fisonomía conservó largo tiempo una expresión infantil pero muy inteligente, en una agradable mezcla de ingenuidad y de gracia pueril. Su tez era de notable blancura y, como su hermana la duquesa de Borgoña, tenía las mejillas gruesas, talle airoso, pies pequeños y manos encantadoras».⁵

Llegó la reina a España procedente de su tierra natal. Se suponía que su marido debía esperarla en palacio; sin embargo, se lanzó a caballo hacia La Junquera, vestido como un gentilhomme. La saludó con mucho respeto sin revelar quién era, ya que contaba con la complicidad de la princesa de los Ursinos, todo un personaje, mano derecha y amante de

Luis XIV y enviada para ejercer su voluntad a distancia sin preocuparse de disimular. Espía, consejera, ministra en la sombra, cronista y hasta mamporrera, su influencia fue radical durante el reinado de Felipe V mientras vivió su primera esposa.

El rey, como ya ha quedado apuntado, tenía diecisiete años y María Luisa solo trece. Tan entusiasmado estaba con lo que vio dentro de la carroza, que abandonó su caballo y viajó en el estribo con tal de estar cerca de quien era su mujer, ya que se habían casado por poderes el 11 de septiembre de 1701. La boda definitiva tuvo lugar en Figueres y el banquete que se sirvió provocó que la noche de bodas no fuera la deseada e imaginada por su majestad y que el malestar de la reina se prolongara durante días.

No fue que tomaran algo en mal estado y enfermaran, no. El propio duque de Saint-Simon contaba con mucha gracia en sus memorias qué provocó que Felipe V tardara más de lo deseado en poder consumir su unión con la jovencita.

El banquete estaba compuesto por platos españoles y franceses, pero las damas españolas decidieron por su cuenta y riesgo que ningún plato realizado a la francesa llegara a la mesa de la joven reina niña. Simulando que tropezaban los dejaban caer al suelo con escaso disimulo, y gracias a su estratagema solo llegaron a la mesa los platos adobados «a la española». Pese a ser apenas una niña, María Luisa comprendió que esa no era forma de tratar a una reina. Ella y Felipe V se retiraron a sus habitaciones malhumorados, y allí estalló en llanto. Llegó a decir que quería volver a su país, no estaba dispuesta a ser servida por damas tan soberbias y desconsideradas, capaces de salpicar a su reina con tal de reivindicar los usos y costumbres españoles. El berrinche le duró tres días, y

solo gracias a las buenas palabras y a la diplomacia de Marie Anne de la Trémoille, princesa de los Ursinos, transigió en cumplir con el débito conyugal.

A ambos les gustó, pero más a Felipe V, que descubrió los placeres de la carne con su esposa y ya no quiso parar. Hasta tal punto se obsesionó el rey con el fornicio, que la princesa sujetavelas, la de los Ursinos, se asombraba en una carta dirigida a *madame* de Maintenon, afirmando que el rey no se cansaba de cumplir con el débito conyugal una y otra vez y que no salía de la alcoba de su esposa. Un cortesano, el francés Louville, llegó a decir: «El rey decae a ojos vista por el excesivo comercio con la reina [...], vigorosa y que lo soporta todo».⁶

No era tan cierto el vigor presupuesto ni la capacidad de soportarlo todo, porque lo que realmente ocurrió fue que tanta cama debilitó a la joven. Algunos historiadores consideran que el uso y abuso del débito conyugal contribuyó a minar el débil organismo de la reina y a llevarla a la tumba antes de tiempo. Tuvieron cuatro hijos: Luis, el heredero, el futuro Luis I, que llegó al mundo cuando su madre contaba aún diecinueve años. Dos años después, el 2 de julio de 1709, nació el infante Felipe, que solo sobrevivió seis días. Tras él nació Felipe Pedro, el 7 de junio de 1712, que sobrevivió seis años; y, por último, Fernando VI, nacido el 23 de septiembre de 1713.

El rey había comenzado a experimentar, siempre con el beneplácito de su confesor.

La postura ortodoxa para el coito, en aquella época, era la tradicional del misionero, el hombre arriba y la mujer abajo. El primer Borbón nunca fue muy dado a la ortodoxia, al menos en el aspecto sexual. Los confesores permitían que